

UTEM
Opinión

Saberes del sur del mundo para reorientar políticas sobre desastres y recuperaciones

por Laís Pinto de Carvalho*, Elisa Tironi Rodó** y Esteban Silva Peñaloza***

La actual crisis habitacional, sumada al gran número de personas afectadas por desastres en Chile cada año, es una contundente invitación a reflexionar sobre las políticas en torno al hogar y las lógicas de su aplicación en contexto de reconstrucción y recuperación.

Aunque las políticas sociales chilenas se definen con el objetivo de reducir las brechas generadas por el modelo neoliberal, su rol no es solamente compensatorio ante las desigualdades, sino que sus prácticas también configuran diversas esferas de la sociedad, reproduciendo y/o normalizando determinados comportamientos y modos de habitar.

En los últimos años ha crecido el reporte de las consecuencias psicosociales de este modelo de desarrollo en el campo habitacional, haciendo visibles múltiples males, como la falta de sentido de pertenencia, la incapacidad de vecinas y vecinos por hacer propio su entorno, la generación de procesos de desconfianza y la falta de solidaridad y de un proyecto común, operando desde lógicas de privatización y estandarización de los modos de vida.

Frente a este escenario, es relevante visibilizar prácticas y saberes que problematizan la lógica imperante de estas políticas, reconociendo su no-cuidado y la invisibilización del rol de las colectividades al focalizar el análisis e intervención en aspectos económicos y materiales.

El hogar es más que un lugar físico, es también un lugar simbólico que está constituido por afectos, costumbres y relaciones. La pérdida de un hogar impacta directamente a las personas y comunidades afectadas, produciendo rupturas y quiebres relacionales que afectan la propia identidad y la salud mental. Esta experiencia de pérdida la hemos investigado en el caso Chaitén (Fondecyt 3210478), la cual ponemos en diálogo con el fin de plantear caminos situados que reconozcan la diversidad de formas de hacer, deshacer y rehacer un hogar.

En mayo de 2008, en la Patagonia chilena, el volcán Chaitén entró inesperadamente en erupción, afectando directamente a más de cuatro mil personas que residían en la ciudad de Chaitén, prohibiéndoseles regresar a sus hogares durante meses. Las políticas habitacionales post erupción fueron erráticas, actuando principalmente con la Ley Chaitén, que permitió a las y los residentes vender sus propiedades al Fisco y, con ello, asentarse en una nueva localidad; el plan fallido para la construcción de una nueva Chaitén en otra ubicación; y, finalmente, el permiso de retorno y habitabilidad de solo el sector norte de la ciudad en 2011.

Diversas familias se asentaron en otras localidades, algunas voluntariamente, otras porque no pudieron retornar a Chaitén por razones diversas, como la situación de inhabitabilidad del sector sur de la ciudad. Si bien en los destinos escogidos por cada familia se implementaron algunas estrategias estatales



Fotografía Chaitén, Laís Pinto de Carvalho, 2015

para la adaptación de las personas desplazadas, la dimensión de la salud mental sigue fuertemente afectada hasta la fecha.

Reasentar significó un gran desafío afectivo y psicosocial para estas comunidades. Este desafío lo investigamos bajo la noción de "deshacer hogar", proceso de elaboración subjetiva que implica desvincularse de un lugar amado. Entre los años 2021 y 2024 trabajamos mediante metodologías de investigación cualitativas biográficas con habitantes actuales de Puerto Montt, Palena, Futaleufú y Chiloé, a quienes preguntamos por sus historias de vida y cómo fue deshacer su hogar en Chaitén.

Su experiencia nos permite comprender el deshacer hogar como un proceso invisible en las actuales políticas. Deshacer un hogar es una vivencia que se expresa en el cuerpo, mediante malestares físicos de largo aliento: dolores, achaques, depresiones, ansiedades y angustias. Son marcas de la pérdida de un vínculo con un territorio muy importante en las trayectorias biográficas de estas comunidades y que revelan que es difícil deshacer un hogar, principalmente por la ruptura involuntaria de relaciones con vecinos y vecinas humanos y también más-que-humanos (perros, gatos, ríos, montañas, árboles, tierra, etc.). Esta ruptura involuntaria es especialmente dolorosa por la pérdida de la confianza en el habitar, en que se experimenta desprotección y desamparo frente a lógicas de privatización de los espacios y relaciones.

Identificamos en las comunidades una relación negativa con el Estado, el que, si bien respondió oportunamente a necesidades económicas, realizó intervenciones habita-

cionales que fueron percibidas como generadoras de malestar. Las políticas actuaron determinando social y simbólicamente un modo de habitar y de deshacer el hogar, como mandatos y exigencias que inciden y reproducen ciertas formas de hacer familia y de vivir el duelo territorial. Una dimensión transversal de estos mandatos es la temporalidad disciplinadora que ofrece un tiempo y un espacio estandarizado, adultocéntrico y patriarcal, que prioriza la inmediatez y la productividad en su modo de intervención. Son políticas de no-cuidado que no sostienen ni contienen las temporalidades y pluralidades propias de estos procesos subjetivos y sensibles del deshabitar. Desde ahí nos preguntamos: en contextos de recuperación post desastre, ¿a quiénes o qué cuida el Estado?, ¿cómo nos cuidamos?, ¿cómo podemos cuidar?

Los procesos de deshacer hogar vividos por las familias chaiteninas nos enseñan no solo la multiplicidad de formas de habitar-y des-habitar-y su naturaleza intrínsecamente subjetiva, sino que también su carácter profundamente relacional. Son hogares y territorios conformados por una red de interrelaciones y parentescos con mundos humanos y más-que-humanos, que cuentan historias cargadas de afectos, recuerdos, pérdidas y, sobre todo, de cuidados. La desvinculación forzosa experimentada por estas comunidades hizo emerger, desde el dolor y la pérdida, prácticas de recuperación y resistencia propias de ese territorio y su entramado relacional. Estas prácticas de resiliencia ante el despojo apuntan, en su mayoría, a la comunión, al comadreo que trae risas, llantos y recuerdos y al encuentro bajo sus propios tiempos

entre vecinas y vecinos como forma de sanar, no-olvidar y así reparar.

Frente a estos saberes, reflexionamos que el Estado tiene un deber con el cuidado en contextos de desastres, pudiendo facilitar espacios y recursos para que las comunidades sean cuidadas y cuiden, extendiendo también redes de protección a seres más-que-humanos y a los ecosistemas. El foco en la dimensión económica y material es insuficiente, y se sugiere poner al centro del debate también las estrategias colectivas de sostenimiento afectivo y de cuidados, considerando la complejidad y pluralidad de los procesos de hacer, deshacer y rehacer hogar.

Aprender de los afectos, recuerdos, pérdidas y cuidados de las comunidades que continuamente experimentan y cultivan formas de reparar el delicado entramado de cada territorio es tanto una responsabilidad en términos de políticas habitacionales, como una oportunidad para explorar otros caminos civilizatorios que puedan hilar modos de habitar y des-habitar la crisis relacional, socioambiental y climática que compartimos con todas las especies. ■

*Laís Pinto de Carvalho es académica de la Escuela de Psicología de la Universidad Tecnológica Metropolitana. Es investigadora responsable del proyecto Fondecyt 3210478 "La dimensión subjetiva de la recuperación post desastre: exploraciones sobre el deshacer hogar".

**Elisa Tironi Rodó es psicóloga y asistente de investigación del proyecto Fondecyt 3210478.

***Esteban Silva Peñaloza es psicólogo, magister en psicología y asistente de investigación del proyecto Fondecyt 3210478.